

Mis dos mitades

Charlotte Carranza Juárez¹

Toda mi vida la he pasado en medio de esta confusión, dividida en dos, con herencias y mundos que no son totalmente míos, pero tampoco me son del todo ajenos. Con padre mexicano, justo del Distrito Federal, moreno claro, como café con mucha leche, con antepasados veracruzanos de rasgos afrocubanos de los que nada heredó, extrañamente, y todavía más extraño es que su única hermana sea rubia de ojos verdes.

Y mi otra mitad, madre alemana, nacida en Frankfurt, en la peor época para ese país: el inicio de la Segunda Guerra Mundial. Ella es blanca, cabello oscuro, ojos rasgados que le dan un aspecto por el que la gente siempre ha creído que es japonesa. El equívoco se descubre cuando habla y aparece el acento innegable del alemán que fue su idioma nativo y no soltó su lengua para dejarla pronunciar correctamente la “r”. Sus rasgos vienen de su padre que fue chiapaneco y su madre alemana. Él, de profesión músico marimbero, con cuerpo, cara y manos que denunciaban su origen y su actividad, bohemio y despreocupado por las cuestiones económicas y el espécimen más sexy para las alemanas en aquellos tiempos de represión. Ella, se enamoró de este hombre diferente a todos los alemanes.

De ahí viene mi desconcierto, cuando la gente me ve dice que tengo rasgos peculiares, algunos me dicen que algo extranjeros, pero no saben decir de donde, nací con la piel muy blanca, afortunadamente me curtí con el sol de este valle y ahora tengo algo de color, los ojos café claros, pestañas chinas y cabello ondulado.

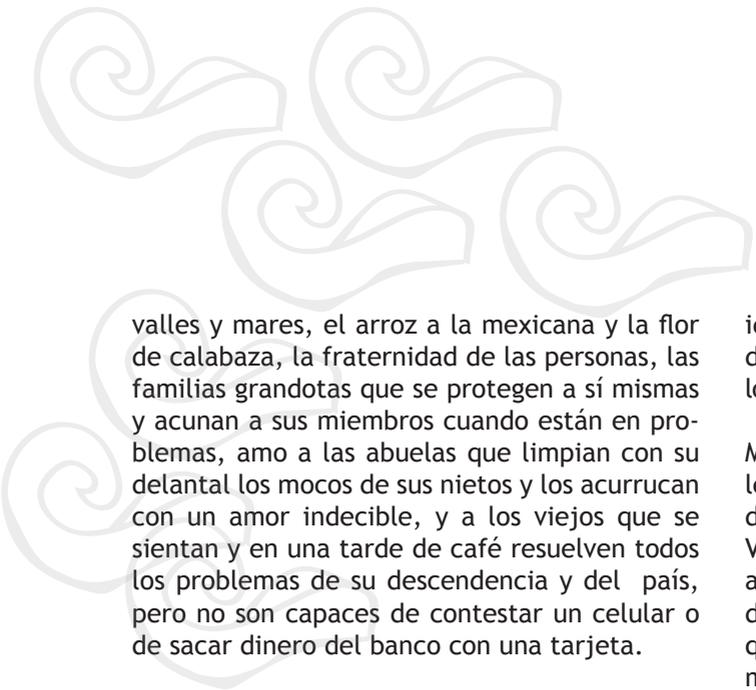
Muchos me dicen que soy muy parecida a mi abuela materna, a quien llamábamos Oma que significa abuela en alemán. El mismo rostro, cuerpo, carácter de perfección militar, puntualidad exacerbada e intolerancia a la irresponsabilidad y dejadez de las demás personas y por supuesto la propia. Pero también esa ternura y la búsqueda por saber los gustos de los demás y hacerlos felices obsequiándolos con ello. Y claro los parientes del lado paterno dicen que me parezco a la bisabuela Natalia, con el mismo cabello ondulado y el rostro serio, y me regalaron la única foto que de ella existe para que me vea en ese espejo de ojos impenetrables.

Siempre me he sentido fragmentada entre el amor y el rechazo a uno y otro país, a los dos los amo y los rechazo alternativamente. Cuando rechazo a México, odio a los políticos cínicos, a los funcionarios ladrones, a los conductores de auto que van de un carril a otro en las avenidas sin usar luces direccionales y que creen que el espacio que dejas delante del carro, es para que se metan alevosamente, no para guardar distancia y prevenir accidentes. Odio a las personas que siempre llegan tarde y arguyen pretextos para disculparse cuando realmente nunca les importó llegar a tiempo. Rechazo profundamente a las personas que mienten, engañan y abusan de otros, y a toda esa inmoralidad le llaman “ser listos”.

Cuando amo a México, admiro sus coloridas y místicas artesanías, las callejuelas y plazas de sus pueblos, las tortillas y los huanzontles, sus

¹ Estudios en Ingeniera Electrónica en Computación y Diplomado en Multimedia. He dado clases en Universidad Autónoma del Estado de México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto Politécnico Nacional. Actividades Literarias: Diplomado en Escritura Creativa y participación en talleres de narrativa, poesía, biografía y lectura comentada con escritoras como: Rosa Nissán, Gabriela Turner, Edmée Pardo, Erika Mergruen. Libros: *Llévame contigo*. Poesía. 1999, *Una sombra en la puerta*. Poesía. 2003, *Fugas en el tiempo*. Cuentos. 2004, *Te amé*. Novela. 2007, *Mundo Literario 2007*. Antología Internacional de Narrativa Breve, 2007 y es Finalista en el XV Certamen Internacional de Poesía y Narrativa breve y participante en la antología *Mundo Literario 2007* de Editorial Nuevo Ser, Argentina.





valles y mares, el arroz a la mexicana y la flor de calabaza, la fraternidad de las personas, las familias grandotas que se protegen a sí mismas y acunan a sus miembros cuando están en problemas, amo a las abuelas que limpian con su delantal los mocos de sus nietos y los acurrucan con un amor indecible, y a los viejos que se sientan y en una tarde de café resuelven todos los problemas de su descendencia y del país, pero no son capaces de contestar un celular o de sacar dinero del banco con una tarjeta.

Cuando rechazo a Alemania, odio que haya sido parte de esa guerra que arrojó a Oma y a mi madre de sus entrañas, que esté tan lejos y no haber podido estar en la vida y la muerte de mis tías y no poder estar con mi primo Wolfgang que es el único descendiente que queda de la familia alemana, añoro todo lo que no conozco, no tengo y pude haber tenido de ese país, odio el síndrome de guerra que me heredó sin yo deber nada. Cuando amo a Alemania, admiro su orden, sus horarios divididos en cuartos de hora, su gran esfuerzo por salir adelante de las ruinas en que quedó, sus trajes típicos, el käsekuchen, el kartoffel salat y los chocolates que cuando niña recibía de Oma y cuyo sabor hasta la fecha me recuerdan su amor. Me encantan también las fiestas alemanas que siempre he festejado como mías, su Pascua y el juego de encontrar los huevos decorados y el almanaque para ir abriendo las ventanas cada día de diciembre hasta que llega la Navidad.

Más confusión aún me ha provocado la actitud que desde niña vi en mis padres, porque en ellos se voltearon los papeles. Ella se volvió más mexicana que el águila sobre el nopal, y mi padre se volvió el Carranza más alemán del planeta, él le hablaba en alemán a mi madre y ella le contestaba en español, con el tiempo incluso entre más raro se fue volviendo, hablaba de pronto también en inglés o en francés. Así que entre él con sus ínfulas políglotas, Oma quien hablaba siete idiomas y mis hermanos, mi madre y yo; que preferíamos el español, la mesa de la comida parecía una conferencia de la ONU. Oma sólo nos hablaba en alemán y se enojaba si le contestábamos en español, nos regañaba diciendo “es que el alemán es su

idioma”. Con el tiempo, no sólo cedí sino que disfruté hablar con ella en alemán y ahora incluso lo extraño.

Mi madre sólo usaba el alemán para regañarnos, le gustaba mucho hacer platillos mexicanos y de vez en cuando sentarse a escuchar a Chabela Vargas con un tequilita para hallarle más sabor a la depresión a la mexicana, y cómo no iba a deprimirse si se casó con un tipo macho, para el que todo y todos son poca cosa, sobre todo las mujeres, el mismo país le queda chiquito, por eso prefiere ser un ciudadano alemán, viviendo en Tultitlán.

Y el absurdo concepto de alemán=nazi, siempre lo he detestado, es de personas ignorantes que en cuanto les dicen: tal persona es alemana, de inmediato le dicen nazi, aseguran que es seca, amargada, inflexible, descendiente de Hitler y demás alusiones falsas, provenientes del desconocimiento. Aunque ahora que me he metido de lleno en el mundo de la literatura me doy cuenta de cuán difícil es encontrar un libro que hable de Alemania y la historia de ese país durante el siglo XX, desde el punto de vista de un alemán común. Un porcentaje muy elevado de los libros hablan de esa historia desde el punto de vista sesgado de un judío. Y si bien es cierto que ocurrieron cosas atroces, no sólo las cometieron alemanes y no las cometieron todos los alemanes.

Personalmente he conocido a una buena cantidad de ellos que sufrieron tanto o más que los judíos durante la guerra, mi propio tío abuelo, Ludwig Müller; médico, padre de dos pequeñas, buen hombre, fue enviado a la guerra para atender a los heridos, nunca disparó un arma y murió con la cabeza deshecha por una granada. Conozco también la historia a través de cartas de los parientes que no murieron, de todo el durísimo proceso de sobrevivencia y reconstrucción que soportaron los alemanes después de que su país quedó totalmente destruido. Por eso no soporto que me digan con desprecio que soy descendiente de nazis.

Y mi nombre: “Charlotte”, que me gusta, pero con él marcaron toda mi vida, porque con fre



cuencia las personas no saben cómo pronunciarlo ni escribirlo, porque siempre me preguntan de donde viene y lo quieren traducir, ¡Los nombres no se traducen! Con lo que sigue se extrañan más, cómo puede ser que me apellide: “Carranza Juárez”, ¡ah que snob! Y yo que culpa tengo de poseer vestigios de héroe revolucionario y legado de marimbero chiapaneco, conquistador de alemanas.

Así que a veces me siento la india naca, la mexicanita, oriunda de un país de mediocres, la come tortillas, la prietita. Otras, la mexicana, dueña de pirámides y grandes centros arqueológicos, heredera de bellas tradiciones y hablante de un idioma espléndido como pocos. Y a veces me llega un cierto orgullo por tener todas las cosas que me ha dado esta ambivalencia, me estremezco al escuchar una marimba, que por cierto les gusta más a los alemanes que a muchos mexicanos, me deleito con los sopes y los tamales, pero también adoro el stollen, quiero bailar con el acordeón saltando al ritmo tirolés pero también zapatear y cantar con los mariachis, me atraen las semejanzas y las riquezas de ambos idiomas, me gustan los paisajes de ambos países, admiro a los poetas mexicanos y a los científicos alemanes.

Sin duda una de las cosas que prefiero de México, es el aspecto físico de sus hombres. Con razón mi Oma: Liselotte Müller fue internada en un Colegio lejos de su casa en Frankfurt para que olvidara a Ciro Juárez, su mexicano. Desde luego que no lo olvidó y al salir de ahí lo reencontró y se casó con él. Realmente hay mexicanos que tienen ese algo que me gusta, que me atrae, y si poseen esa calidez tan nuestra y respetan a las mujeres, tengo que caer redondita, como Oma cayó, generando así nuestra historia y provocando todo este embrollo de mi ser.

